



A propósito de la muestra

Camino a la semilla. Las tallas de Dazu y sus cuidadores

de Dai Xiaobing

Curadores: Cecilia Ivanchevich y Fabián Lebenglik

Asesor académico: Tu Zeng

Consideraciones sobre la inutilidad del arte

por Eduardo Wolovelsky¹

...si renunciamos a la fuerza generadora de lo inútil,
si escuchamos únicamente el mortífero canto de sirenas
que nos impele a perseguir el beneficio,
solo seremos capaces de producir una colectividad enferma
y sin memoria que, extraviada,
acabará por perder el sentido de sí misma y de la vida

Nuccio Ordine

SÓCRATES

El gran maestro de Grecia ha sido condenado por corromper a los jóvenes, “por ser un impío que por curiosidad criminal quiere penetrar lo que pasa en los cielos y en la tierra convirtiendo en buena lo que es una mala causa y enseñando a los demás su doctrinas”. Su Juicio culmina con una sentencia: debe beber cicuta. Aunque su defensa no ha dejado lugar a dudas sobre la maledicencia de sus acusadores y lo injusto del veredicto, no se rebela y acepta la muerte que le imponen.

¹ Texto de Eduardo Wolovelsky a propósito de la muestra *Camino a la semilla. Las tallas de Dazu y sus cuidadores*, de Dai Xiaobing, exhibida la Fotogalería del Centro Cultural Rector Ricardo Rojas UBA, del 13 de noviembre al 10 de diciembre de 2024.

Cuenta Emil Cioran que mientras le preparaban el veneno con el que debía poner fin a su vida, Sócrates se dedicó a aprender una compleja pieza musical para flauta. Sorprendidos, quienes lo acompañaban le preguntaron por qué hacer el esfuerzo de aprender una melodía de la que difícilmente pudiese gozar. Con resignada sabiduría respondió que lo hacía porque quería saberla antes de morir. Con este acto, en apariencia absurdo, y tal como lo describe Ramón Andrés en su obra *Filosofía y consuelo de la música*, Sócrates despliega lo efímero hacia lo eterno cultivando una magia sin magos:

Una melodía cubre tanto como la tierra (...) invoca no sabemos qué, hace que miremos hacia arriba mientras lo abominable sucede abajo, a oscuras. Este apartar la vista y fijarla en lo alto consuela. La música construye altura, fabrica *un por encima*, en ella suena *un estar a salvo*.

Sin embargo, el consuelo que ofrece la dimensión humana del arte en Sócrates, un instrumento entre los labios y la habilidad de las dos manos para la ejecución, parece no bastar y puede que por ello muchas civilizaciones de épocas muy diferentes se hayan aventurado en la edificación de obras artísticas tan colosales que solo parecen corresponder a la voluntad de los dioses.



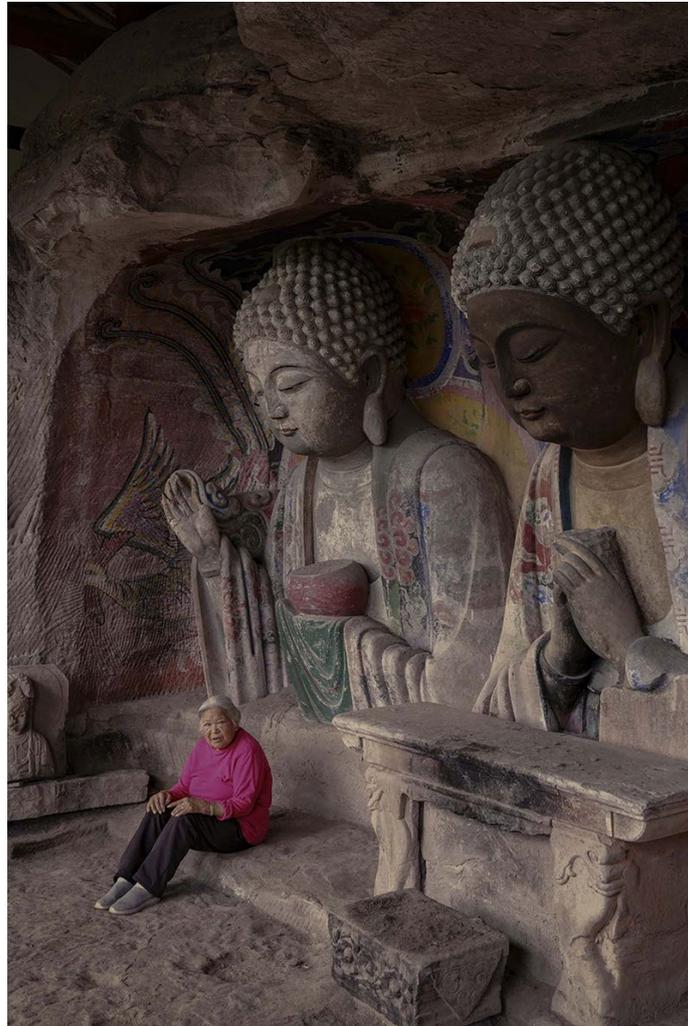
MAGNIFICENCIA

Intentado comprender la necesidad humana con un arte de carácter monumental, estamos obligados a peregrinar hacia China para observar las esculturas rupestres de Dazu. Pero dado que todo viaje corto y directo encierra una trampa, la de la brevedad que le roba tiempo al pensamiento, haremos una travesía a través del Pacífico, donde como anuncio y primer encuentro de lo que vendrá nos enfrentaremos al enigma de los Moái, los vigilantes pétreos de Rapa Nui.

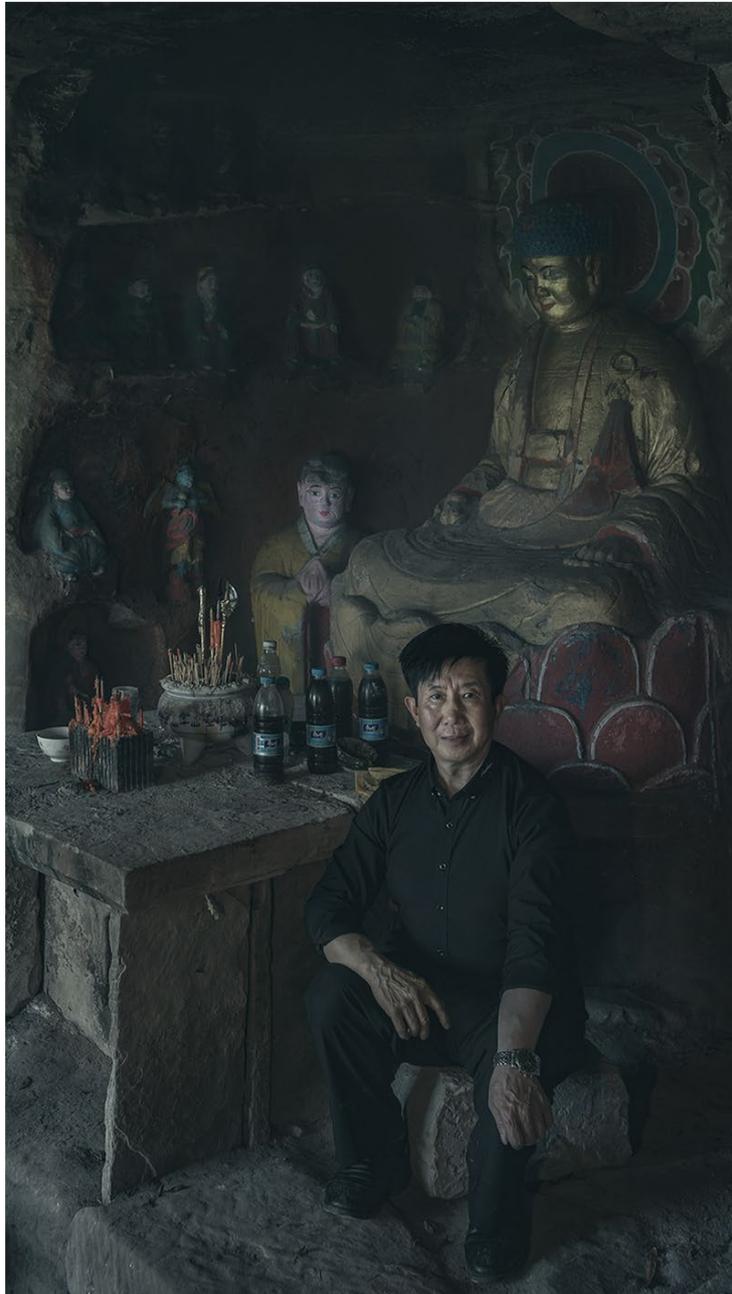
En el siglo XVIII, en su intento por hallar la Tierra de Davis como parte de la supuesta *Terra Australis*, el navegante neerlandés Jacob Roggeveen se encontró con un enigmático micromundo perdido en la inmensidad del Océano Pacífico. Al lugar, y por la fecha del hallazgo, le dió el nombre de Isla de Pascua (Rapa Nui). Lo más sorprendente para él y su tripulación fueron las esculturas en piedra de varios metros de longitud y de algunas toneladas de peso que, caídas en lugares cercanos a la costa, parecían ser testimonio de una cultura cuyo esplendor había quedado en el pasado. Su tamaño fue un gran enigma para el mundo europeo. No solo se preguntaban por el esfuerzo vinculado a su realización sino por el traslado desde la ladera del volcán donde eran talladas hasta la costa donde se erigían sobre unas plataformas de roca llamadas *abu*. En definitiva, un viejo dilema volvía a resurgir: ¿por qué diferentes culturas han hecho esfuerzos a veces titánicos por construir obras monumentales que si bien pueden tener un profundo significado religioso y estético también consumen gran parte de los recursos necesarios para su supervivencia?

En el caso de Rapa Nui, este último interrogante tiene una arista dramática dada la tragedia ambiental que diezmó a su sociedad provocada por una profunda deforestación que en parte se debió a la presión por lograr mayores tierras de cultivo. Con cierto sentido crítico, el ensayista Jared Diamond describe los costos de la realización de los Moai:

La operación de construir estatuas y plataformas en su conjunto debió ser enormemente cara en recursos alimentarios, por cuya acumulación, transporte y entrega debieron negociar los jefes que encargaban las estatuas. (...) Jo Anne van Tilburg y su esposo el arquitecto Jan, cuyo trabajo consiste en erigir grandes edificios modernos en Los Ángeles y calcular el trabajo necesario de grúas y montacargas, hicieron una estimación aproximada del trabajo correspondiente a la Isla de Pascua. Concluyeron que, dado el número y tamaño de los *abu* y los *moai* de Pascua, la labor de construirlos incrementó aproximadamente en un 25 por ciento las exigencias alimentarias de la población (...).



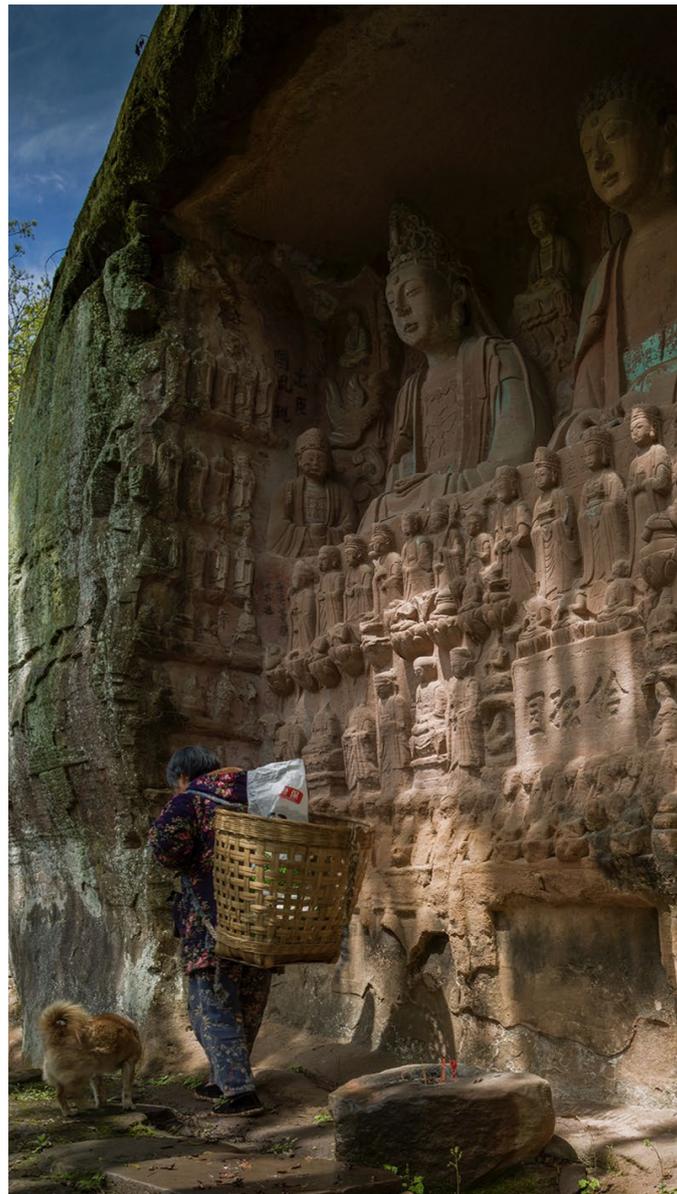
De la descripción hecha por Diamond podríamos concluir que la producción de los Moái y su emplazamiento a lo largo de tres siglos condujeron a una crisis sociocultural irreversible en Rapa Nui. Pero, por muy certera que sea esta argumentación, es incompleta y por dos razones. Una de ellas es de carácter ecológico y no la vamos a considerar aquí. La otra no parece reconocer en toda su dimensión la importancia de las grandes obras artísticas que le dan identidad y sentido a una sociedad. Se supone aquí que algunas de esas obras solo producen perjuicios dado el “inútil” gasto económico que generan. Los Moái se esculpieron en un momento de expansión de la producción agrícola en Rapa Nui, ¿cómo podrían predecir los pobladores de la isla la caída de la producción alimentaria y el drama de la deforestación? A la vez, ¿cómo habrían podido sobrevivir en una isla pequeña, alejada de cualquier otra tierra, sin invertir sus recursos en la elaboración de los “guardianes” de piedra que de espaldas al océano tenían sus cuidadosos ojos posados sobre las aldeas? Por “ineficaz” que parezca, y dada nuestra naturaleza dual de “animales” y “dioses”, puede que lo extraordinario sea fundamental para que lo común y ordinario de la vida se despliegue.



La pregunta precisa no parece ser sobre la legitimidad de lo titánico sino sobre la dimensión que permitida en la magnificencia del arte creador. El drama del límite frente a lo grandioso ya está planteado en el viejo mito bíblico de la Torre de Babel donde los hombres son confundidos por Dios con una diversidad de lenguas por intentar una construcción que pretende ser tan alta como para llegar al cielo. La cuestión sigue siendo relevante, incluso para nuestra cultura que declama ser funcional y eficiente pero se enorgullece de obras faraónicas como el edificio Burj Khalifa de casi 830 metros de altura que no parece otra cosa que un cuestionable ejercicio de poder económico a la vez que una confortable trampa tecnológica que le quita todo lugar a la belleza de lo común en la vida humana.

DAI XIAOBING

Las esculturas del distrito de Dazu, esculpidas en grutas y laderas de montañas nos regresan a la cuestión de lo magnificante en otro plano y no solo por el tamaño de cada talla sino por su número, que llega a las decenas de miles, y por la cuidada belleza con la que reflejan tanto la diversidad filosófico-religiosa característica de la historia de China como la forma de vida de los hombres sencillos del pasado. Podemos hacernos una idea del ciclópeo trabajo hecho entre los siglos IX y XII imaginando uno tras otro a todos los trabajadores y artistas que golpeando la piedra con temple y perseverancia le dieron forma a este sublime legado. Es, sin duda, una obra digna de la potencia humana en la búsqueda de lo extraordinario pero con la sutileza demostrada de no dejarse seducir por la desmesura. Aun así, en su imantado encantamiento hay algo que huye, hay una cierta fuerza que languidece y se extingue. A pesar del esplendor, el logro parece incompleto.



Surgido de las entrañas del presente, un artista le da un giro a esta obra para perfeccionarla con un toque estético, con el último “verso” del extenso poema escrito en la dureza de la piedra. Para Dai Xiaobing la herramienta con la que crea no es el cincel sino la cámara fotográfica. Con ella “capta” un nuevo significado para las tallas centenarias. En un sutil contraste, fusiona la grandiosidad de la forma y los colores de la roca con los cuerpos y las expresiones vitales de hombres y mujeres comunes que en el presente son sus cuidadores. Así lo permanente y rígido se trastoca en la voz de lo cambiante y tenue y lo encumbrado e inalcanzable gira hacia su origen modesto para concedernos una sugestiva imagen de nuestro comienzo y nuestro devenir. Y mientras observamos las fotografías de Dai Xiaobing, regresan a nosotros las palabras del escritor Ramón Andrés aunque ahora son ligeramente diferentes:

*El arte en su dimensión humana cubre tanto como la tierra, invoca lo que no sabemos qué, hace que miremos hacia arriba mientras lo abominable sucede abajo, a oscuras. Este apartar la vista y fijarla en lo alto consuela. El arte construye altura, fabrica *un por encima*, en el suena *un estar a salvo*.*